



## RINCÓN DE ESPIRITUALIDAD

### 1º Parte de la Eucaristía perdón

### Liturgia del



*“¡Nosotros  
esperábamos!*

*(pero ya no...)*

Dos personas caminan juntas. No parecen felices. Ni siquiera se miran el uno al otro. Aunque siguen un camino ya trazado, no parecen tener ninguna meta. Regresan a su hogar, pero el hogar ya no es lo que era. Sencillamente no tienen a dónde ir. El hogar se ha convertido en vacío, desilusión, desesperación. Apenas unos años antes habían conocido a alguien que había cambiado sus vidas. Habían abandonado su aldea para seguir a aquel extraño y a sus amigos, y habían descubierto toda una nueva realidad oculta tras el velo de sus actividades cotidianas. Una realidad en la que el perdón, la reconciliación y el amor eran fuerzas que tocaban el centro mismo de su humanidad.

El extraño de Nazaret lo había hecho todo nuevo. El mundo no era ya una carga, sino un desafío. Pero ¡había muerto! ¡ todo había quedado en nada! Si hay una palabra que resuma nuestro dolor, es la palabra “pérdida”. ¡Hemos perdido tanto! lo comprendemos cuando nos atrevemos a mirar en el centro de nuestro ser y descubrimos nuestros errores. ¿No estamos también nosotros perdidos como los discípulos de Emaús? Las pérdidas se instalan profundamente en nuestros corazones y en nuestras mentes dañándoles con su falta de esperanza.

Por encima de cualesquiera otras pérdidas es particularmente importante es la pérdida de la fe. La pérdida del convencimiento de que nuestra vida tiene sentido. Recordamos los tiempos en los que Jesús era tan real para nosotros, que ni siquiera nos cuestionábamos su presencia en nuestras vidas. El era nuestro más íntimo amigo, nuestro consejero y guía. Pero, ¿ya no...?

Llegamos entonces a la Eucaristía con el corazón roto y como los discípulos de Emaús que caminaban de regreso a su aldea decimos: ¡Nosotros esperábamos!... pero hemos perdido la esperanza y en su lugar ha aparecido la angustia y el miedo.

Se trata de averiguar si nuestras pérdidas dan lugar al resentimiento o al agradecimiento. ¡Cuidado con el resentimiento!, es una de las fuerzas más destructivas de la vida, en nuestros corazones hay muchos rincones que lo esconden. No podemos entrar en la Eucaristía sin saber quiénes somos, sin “reconocernos”, por eso el sacerdote al comenzar el Sagrado Misterio nos invita a situarnos en la verdad de lo que somos y vivimos.

*“Antes de comenzar el “Misterio de la Eucaristía” reconozcamos  
humildemente nuestros pecados”*